



ACADEMIA DE LAS CIENCIAS
Y LAS ARTES MILITARES

Comunicaciones académicas

Estados Unidos y la guerra

José Luis Calvo Albero

Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección de Pensamiento, Moral y Legislación Militar

16 de mayo de 2026

Introducción

Como es habitual en cualquier gran potencia, la utilización de la guerra ha sido una constante en la historia de los Estados Unidos. Como también suele ser habitual, el esfuerzo, la tensión y la incertidumbre que acompañan a los conflictos armados terminan por cobrarse su precio y erosionar el estatus de cualquier potencia con ansias de hegemonía.

Durante el siglo XX Estados Unidos fue la potencia militar indiscutible y todavía lo es en este siglo XXI. Sin embargo, las dudas sobre lo adecuado de la utilización de su instrumento militar y la aparente incapacidad para obtener resultados estratégicos positivos han empañado su prestigio como potencia militar. Esta tendencia se viene manifestando desde la guerra de Vietnam y provoca una considerable inseguridad en sus líderes, que se manifiesta a veces en parálisis y otras veces en sobre-reacción.

En una situación de competencia declarada con China y en un mundo cada vez más convulso, precisamente por la incertidumbre sobre el resultado de ese enfrentamiento, que EE. UU. recupere su capacidad para utilizar la guerra como un instrumento extremo, pero útil y eficiente a la hora de mantener su estatus, valores, intereses y poder estructural, constituye un asunto de la mayor importancia, no solo

para los propios norteamericanos, sino para todos los que todavía orbitamos en torno a ellos.



Los pilares del poder norteamericano

Estados Unidos dominó militarmente el siglo XX. Aunque hubo otros países que supieron desarrollar mejor algunos aspectos del arte militar, como Alemania, la URSS o Israel, el modelo industrial, tecnológico y empresarial de la estrategia militar norteamericana resultó ser aplastante. Washington entró tarde en la Primera Guerra Mundial, pero su peso se consideró tan decisivo que fue el presidente Wilson quien estableció los fundamentos del mundo que debía seguir al conflicto. En la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos consolidó su modelo militar industrial, que aplastó a sus adversarios en dos frentes y aún produjo excedentes que evitaron el agotamiento británico y el estancamiento de la URSS en sus operaciones contra Alemania en el Este.

El mundo que surgió del conflicto era un mundo norteamericano solo desafiado por la URSS, que terminó por hundirse víctima de su propia insostenibilidad. En la Guerra Fría, Estados Unidos consiguió una victoria amarga en Corea. Pese a los vaivenes de la campaña, Corea del Sur continuó siendo un país soberano y hoy es una potencia económica y tecnológica y un estrecho aliado de Washington. Sin embargo, la superpotencia fue claramente derrotada en Vietnam, abriendo un tiempo de dudas e inseguridades que pudieron ser compensadas en las décadas siguientes con un retorno a la tecnología, el poder económico y la gestión logística como elementos esenciales de su poder militar. La guerra del Golfo en 1991, que

precedió en pocos meses a la desaparición de la URSS, consagró la naturaleza hegemónica del poder norteamericano.

Como ya se ha mencionado anteriormente, los puntos fuertes de Estados Unidos a la hora de emprender un conflicto armado son su enorme potencial económico e industrial, su superioridad tecnológica y su gran capacidad de gestión. Estados Unidos no solo despliega recursos inmensos, algo que pueden hacer también otras potencias, sino que es capaz de gestionarlos con mucha eficacia. En la Segunda Guerra Mundial esa gestión era pura cultura empresarial, pero, en las últimas décadas, su capacidad de gestión se ha multiplicado gracias a la destacada posición tecnológica del país. Estados Unidos lideró la primera revolución digital, en los años 80, lideró también la segunda, centrada en la generalización de internet, las redes sociales y la revolución del *smartphone*, y está liderando la tercera, marcada por el desarrollo de la inteligencia artificial.

Otro punto fuerte especialmente relevante es su capacidad para crear y sostener alianzas. En general, Estados Unidos ha ido a los grandes conflictos con alianzas más sólidas y fiables que sus enemigos. Ocurrió en la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, en la Segunda, en la que el Eje Berlín-Roma-Tokio careció siempre de articulación y de comunidad de objetivos. En la Guerra Fría, la OTAN y la red de alianzas que permitió a Washington rodear geográficamente mediante bases militares a sus adversarios soviéticos y chinos nunca tuvieron enfrente un equivalente mínimamente comparable.

La guerra de Vietnam se perdió, en parte, porque Estados Unidos nunca consiguió articular en Asia algo similar a la OTAN europea. La lección fue, no obstante, aprendida, al menos temporalmente, y durante la guerra del Golfo de 1991, el presidente George Bush fue capaz de articular una coalición impensable solo unos años antes, en la que incluso Siria llegó a desplegar fuerzas en Arabia Saudí. La clave del éxito norteamericano en el liderazgo de coaliciones reposa en primer lugar sobre su inmenso poder militar, que permite articular fuerzas multinacionales en torno a un potente núcleo estadounidense, pero también en su disposición negociadora. Aunque Washington sufre las tentaciones autoritarias de cualquier superpotencia, suele tratar a sus aliados al menos con una apariencia de igualdad. Uno de los elogios habituales a la OTAN es que pertenecer a ella resulta cómodo y salvaguarda razonablemente la soberanía nacional. O al menos así era hasta hace unos años.

Finalmente, resulta obligado mencionar el poder blando, el *soft power* que, si bien no fue inventado por Estados Unidos, sí que fue desarrollado por ellos en su máxima expresión. Gran parte del mundo ha crecido y ha aprendido a vivir bajo la influencia de la cultura norteamericana. El *American Way of Life* que combina una

vida próspera y ordenada, un mundo laboral y académico que roza la excelencia y unas atractivas libertades civiles, tiene un irresistible atractivo todavía, pese a su evidente deterioro, para muchas personas que se juegan incluso la vida para alcanzar el sueño norteamericano. Y eso ha sido siempre una fuente de recursos humanos, de talento y de legitimidad a la hora de emprender un conflicto armado.

Los múltiples talones de Aquiles

Como en toda gran potencia, los puntos fuertes siempre coexisten con los débiles y en el caso norteamericano éstos son evidentes. En primer lugar, hay que destacar que su gigantesca potencia militar ha llevado con frecuencia a sus líderes a sobrevalorarla. Muchos presidentes, cuando llegan a la Casa Blanca y ven que tienen en sus manos un potencial militar tan enorme, se ven tentados a utilizarlo, descuidando otros instrumentos que resultan tan importantes o más para que una superpotencia mantenga su estatus de líder.

Esta tendencia ha sido particularmente acentuada desde que, tras el final de la Guerra Fría, Estados Unidos quedó como única superpotencia hegemónica. Anteriormente, los presidentes norteamericanos solían ser más cautos en sus actuaciones, conscientes de que no convenía romper equilibrios geopolíticos. La hegemonía en solitario sentó mal a la superpotencia, cegada en algunas ocasiones por su propia posición de poder.

En segundo lugar, otro problema tradicional es el aislamiento geográfico de Estados Unidos, que le proporciona una tradicional sensación de seguridad. Su potencia naval, el excelente acceso a dos océanos y el tener vecinos que, como México y Canadá, no constituyen una amenaza militar, ha proporcionado a los norteamericanos un sentimiento de seguridad que, paradójicamente, se convierte en pánico cuando se materializa alguna amenaza en su propio territorio. Hay que entender este rasgo de la psicología norteamericana para comprender, por ejemplo, la reacción a los ataques yihadistas del 11-S.

El relativo aislamiento y el sentido de seguridad está detrás de una de las tradicionales limitaciones norteamericanas a la hora de emprender un conflicto armado: la sensibilidad a las bajas. Aunque esa sensibilidad se ha exagerado en ocasiones, lo cierto es que ha existido siempre. Mucho antes de Vietnam, en la Segunda Guerra Mundial, Eisenhower temblaba ante listas de bajas muy abultadas en Normandía o en las Ardenas, porque sabía que la reacción de su opinión pública sería muy negativa. El lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki tuvo mucho que ver con las cifras de bajas en Iwo Jima y Okinawa, que empezaban a rozar el límite de lo tolerable para la ciudadanía. Para muchos norteamericanos resulta muy difícil comprender por qué sus hijos deben arriesgar

sus vidas en lugares remotos, teniendo la perspectiva de una existencia próspera y segura en su propio país.

El sentimiento de seguridad nacional convive con una cierta sensación de superioridad cultural. Para muchos norteamericanos, Estados Unidos representa la culminación de la civilización occidental y el resto de las sociedades que existen en el mundo se encuentran simplemente en algún punto intermedio entre la barbarie y el modelo norteamericano. O bien, como les ocurre a los decadentes europeos, se encuentran ya en marcado declive tras alcanzar el máximo que podían dar de sí, que fue solo un pálido reflejo de la grandeza de Estados Unidos. Esa superioridad se traduce en falta de empatía y en pereza a la hora de hacer un esfuerzo por comprender a otras culturas, a las que en ocasiones encuentran insoportablemente primitivas. No es este un mal exclusivamente norteamericano y muchos países europeos lo sufren también, aunque la experiencia histórica de nuestra propia decadencia nos ha hecho más realistas a veces y a veces más cínicos.

Las dificultades para comprender otras culturas y un creciente resentimiento hacia el mundo exterior, como tercer problema, a quien se acusa de abusar de la benevolencia de Estados Unidos, impiden de hecho la consecución de objetivos estratégicos sostenibles. Las fuerzas norteamericanas pueden crear ventanas de oportunidad, diezmando y arrinconando a sus enemigos, pero sus dirigentes parecen haber perdido la capacidad para aprovecharlas, tomando las medidas políticas y económicas necesarias para lograr una situación final estable y favorable a sus intereses. La consecuencia es una superpotencia cada vez más frustrada, desengañada e intratable, que está empezando además a ganar fama de combatiente inconstante y aliado poco fiable, algo a lo que ningún poder que pretende ser global puede sobrevivir por mucho tiempo.

El modelo militar

En el aspecto puramente militar, el modelo norteamericano ha ido derivando progresivamente hacia la supremacía de los fuegos. La fascinación por la potencia de fuego forma parte de la cultura militar tradicional norteamericana, pero esa tendencia se ha ido convirtiendo casi en obsesión desde la Segunda Guerra Mundial. Hay motivos diversos para ello: la capacidad industrial y tecnológica tiende a favorecer más a los fuegos que la frecuentemente arriesgada e incierta maniobra; el fuego masivo es uno de los métodos preferidos para reducir bajas propias; Estados Unidos se encontró además con el dilema de cómo frenar a un presuntamente inmenso ejército soviético en Europa sin recurrir a armas nucleares y la superioridad en fuegos convencionales era una solución lógica. Por último, la revolución digital de los años 80 permitió una creciente integración entre todos los elementos que intervienen en la localización, gestión y destrucción de objetivos.

La conexión prácticamente en tiempo real entre sensores y elementos de localización, centros de decisión y sistemas de armas, permitía batir objetivos a los pocos minutos de ser localizados, creando las famosas *kill chain* o cadenas de muerte, que comenzaron a utilizarse masivamente primero por Israel en su invasión del Líbano de 1982 y después por Estados Unidos, en la guerra contra Iraq de 1991. El perfeccionamiento de las redes digitales y la actual revolución en la aplicación de la Inteligencia Artificial han conseguido reducir el tiempo de reacción de minutos a segundos, e incluso a conseguir efectos inmediatos mediante el uso de sistemas de combate cada vez más autónomos.

La obsesión norteamericana por los fuegos no es un buen augurio para Estados Unidos en sus futuros conflictos bélicos. Las tropas norteamericanas han pasado de ser generosos liberadores y heraldos de un futuro mejor a extraterrestres destructores de países, parapetados en sus bases por el temor a las bajas, incapaces de comprender la realidad local, dispuestos a dejar a sus aliados en la estacada si no se alcanzan resultados a corto plazo y proclives a desatar tempestades de fuego y acero sobre cualquier cosa que pueda asemejarse a una amenaza.

Conclusiones. La necesidad del gigante americano

El mundo no será mejor con un Estados Unidos hosco, frustrado y replegado sobre sí mismo. Las alternativas en el resto del mundo no proporcionan demasiada esperanza, entre tiranos, fanáticos y aprovechados diversos. La supremacía norteamericana, como la de cualquier otra superpotencia anterior, no ha sido nunca una panacea, pero, con todos sus excesos y contradicciones, sí que proporcionó la esperanza en que un mundo mejor era posible. El final de ese sueño sería una mala noticia para todos y, especialmente, para los que hemos crecido a su sombra.

La capacidad de Estados Unidos para librar, mantener y ganar guerras resulta indispensable para mantener su estatus de superpotencia global. Para ello tendría que liberarse de algunas de sus lacras habituales, o al menos moderarlas. Sin pretender ser exhaustivo diríamos que: El retorno a un encaje de la fuerza militar dentro del equilibrio de los instrumentos nacionales de poder; la recuperación de la capacidad para organizar y liderar alianzas, como uno de los elementos esenciales de su influencia; un mayor esfuerzo de comprensión, empatía y compromiso con sus aliados; y un retorno de su tradicional poder blando, que ha ahorrado a Estados Unidos más muertes que todos los presupuestos del Pentágono. Por último, una revisión de su modelo militar, que hoy en día solo le permite ganar guerras contra los que las plantean en sus mismos términos.

Pese al indudable pesimismo de la situación actual, con unos dirigentes en Washington que insisten en ensalzar los defectos tradicionales y denigrar las virtudes, conviene recordar que una de las ventajas norteamericanas ha sido siempre su enorme capacidad de renovación. En los también oscuros años 70, tras la derrota en Vietnam, los disturbios raciales, las crisis económicas ligadas al petróleo y el escándalo *Watergate*, se daba a Estados Unidos por muerto y a la URSS por vencedora incuestionable de la Guerra Fría. Un par de décadas después, Washington era la única superpotencia global y Moscú un solar en ruinas. Esperemos que esta nueva crisis que marca un declive de la influencia de los Estados Unidos active de nuevo el dinamismo norteamericano, que regresen algunas de sus virtudes y queden disimulados algunos de sus defectos, al menos por un tiempo. El tiempo suficiente para, si es posible, encontrar un sucesor suficientemente digno. ■

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2026